

prefero ir yo misma a preguntarle a ella cómo se encuentra.

—¿Con que irás tú misma? Y la tía Luisa tosó con aquella su tosecilla que tanto exasperaba a Cristiana, porque sabía era presagadora de noticias que habían de mortificarla.

—Pues ya desistí de tu idea, porque has de saber que ahora esa muchacha es toda una perdida.

—Toda una perdida, repitió el eco de la tía Luisa, la tía María, una viejecilla seca, tímida, para la cual su hermana era un oráculo que ella respetaba y admiraba.

—¡Oh! Cómo hablaban ustedes así, exclamó Cristiana haciendo un gesto de cólera.

—Como lo oyes, hija; tú misma puedes ir a ver la casa que tiene puesta. Te digo que tu ángel es una perdida, una cualquiera. No se necesitaba ser una sibila para adivinar que así acabaría.

—Cállense ustedes y no digan más infamias, gritó Cristiana incorporándose, mientras la indignación brillaba en su frente. Por fin sucedió lo que me temía; y pensar que no fui lo suficientemente fuerte para impedirlo. ¿Y quiénes tienen la culpa de que esto haya sucedido? Yo, ustedes, todo el mundo.

Sabíamos que por el camino que marchaba iría a la ruina, la vimos pasar como víctima al altar del sacrificio y nadie la arrancó de él, nadie detuvo la mano del victimario.

—¿Pues qué esperaban que fuese? No pueden ustedes haber olvidado quién es su padre, quién su madre...

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas al recuerdo de la madre de Soledad; le pareció ver la figura repugnante, de rostro amarillento como de marfil viejo y la muca que contraía la boca desdentada cuando aquella mujer estaba borracha.

—Es triste, continuó, sus abuelos, sus tíos, sus padres, toda una generación de alcoholizados. ¿Y su padre? ¡Oh! ¡Ese hombre de malas entrañas! ¡Pobre Soledad! Ha pasado toda su vida entre malas e irresponsables gentes, como ella. Ustedes no pueden haber olvidado los horribles patios en que ha vivido.

—La herencia, el medio, ¿y todavía la acusáis? ¿Acaso la habéis ayudado? ¡Y pensar que mirábamos esto con la misma indiferencia con que se ve consumir una infamia en el escenario desde la luneta de un teatro!

Yo quisiera tenderle mi mano, pero aquí destruyeron mi buena obra. Os desprecio y yo también me desprecio por mi debilidad. ¡Y ahora son ustedes las primeras en anatematizarla! ¡Oh! tía Luisa, me parece ver a usted esta mañana bajando del colmulario con los ojos bajos y las manos puestas en cruz pensando que traía en su corazón a aquel Jesús que dijo a los que perseguían a la mujer adúltera: «el que de vosotros es sin pecado, que arroje la piedra el primero». Cristiana miró valientemente a la tía Luisa. Nunca como entonces le había parecido más repugnante la flaca figura, de rostro amarillo; las dos trenzas en que siempre recogía su cabello le hicieron el efecto de dos malas serpientes que tentaban a su tía.

—Una cualquiera, una perdida, murmuró la joven con tono reflexivo. ¿Pero, es que piden de ella una estrella o una azucena? ¿En dónde iba la pobre a beber su brillo o su blancura? No podía sacar esto del cieno en que ha vivido.

—No te apures, hermanita predicadora, dijo su hermano en tono zumbón, que yo conozco hermosas flores como el nenúfar que no toman su belleza de aguas muy puras.

—Yo también conozco personajes que pasean un gran nombre, que no ha sido sacado de lugares muy limpios.

—La que quiere conservarse honrada, aunque viva entre bandidos, lo es, añadió el joven con tono displicente, mientras sus labios se sonreían aprobando.

—No saques a relucir paradojas del arca de Noé, me das lástima. Nunca creí que hubieras tomado con tanta flema lo que aquí llaman caída de Soledad. Creí que como eres joven y haces gala de amar lo bello, te indignaría ver que quebraran y arrojaran al estercolero una bella estatua.

Tú y los más de tus compañeros os indignaréis si os acusasen de haber arrastrado por los cabellos o de haber abofeteado a una mujer. ¡Oh, somos caballerosos diréis enfáticamente. Os olvidáis que al perderla obráis como si cogierais un alma por los cabellos para pasearla por el polvo.

Hojea el libro de Heans Wahner «Nosotros los jóvenes» y no sonrisas con desprecio al leerlo. Medita cada una de sus páginas preciosas y empapa tu alma de la bondad que emana de ellas. Hazlo leer a tus amigos y aprende a levantar a la mujer caída y a impedir que otras caigan. Sed buenos y misericordiosos. Tened piedad de las mujeres, que esto hará mejor la vida de las generaciones futuras.

—¿Por qué al que cae procuramos hundirlo más con nuestro desprecio? ¿Qué cuesta darle, como el extremo de un manto salvador, una palabra cariñosa a la que pueda asirse para salir del agua en que se ahoga? ¿Quizá sólo esto necesita y habríamos de negárselo? Cristiana escondió la cara entre las manos. Tenía ante sí el rostro de Soledad, añado, encantador, rodeado de sus crespos cabellos cortos y oscuros. Le pareció verla manchada, llorosa, ella tan linda, tan seductora, que merecía ser amada de rodillas. Cristiana creía ver en Soledad la silueta de una de aquellas dulces dolientes mujeres de Goethe: una Clara, una Margarita. ¿Por qué se abstinaba en esta idea? ¿Acaso aquellas heronias habían salido de un ambiente como el en que había vivido Soledad?

—¡Mi pobre amiga! ¿Qué puedo hacer por ti cuando todo lo que te rodea está en contra tuya? Cuando encarnaste te besó la fatalidad. Eres una irresponsable...

Sus ojos fueron de su hermano a su tía. Una sonrisa de amargura contrajo sus la-

bios. ¿No son también éstos irresponsables al acusarla? ¿Qué es esto! En la vida nadie tiene la culpa de nada, como nadie la tuvo al nacer. ¡Me confundí!

Con paso vacilante salió del comedor. Breves instantes después salió con su sombrero puesto.

—¿Dónde vas Cristiana?

—A buscar a la perdida, a pedirle perdón mi parte que he puesto en su caída; mi debilidad para impedir que vosotros la maltratarais con vuestro odio y vuestro desprecio. Esto es lo único que puedo hacer, ¡pobre de mí!

—Dejadla, dijo su hermano con su mismo tono zumbón de antes: es un pequeño Quijote con faldas. Ya iré yo tras ella haciendo de Sancho.

CARMEN LIRA

Los que aún se llaman partido de clase

El hecho socialista

Los cuatro *Ilustres* han llegado a Madrid; *El Socialista* aplaude. *El Sol* aplaude también. Este órgano de la burguesía naviera y de la burguesía terrestre aplaude antes que *El Socialista*.

No hay para menos. Sin esa música que huele a *Marsellesa* o a *Marcha Real*, más bien a *Marcha Real* que a *Marsellesa*, no tendría importancia el hecho socialista, no alcanzaría la trascendencia que debe alcanzar el acto de liberar a cuatro *abnegados* que en un momento de hombría quisieron salvar el crédito del partido y se dejaron llevar por esos hombres traviesos e inadaptados que pugnan por conseguir la libertad del proletariado inmediatamente.

Hablamos de libertad y decimos *Inmediatamente*. No se crea que no hemos meditado la frase. Ya sabemos que no se llegará a tanto, sobre todo en lo económico, si el hecho ha de partir de un acto de justicia en el que los obreros hayan menester de la ayuda de socialistas y republicanos. Su libertad inmediatamente, en este caso, quiere decir su libertad para la propaganda, su libertad para la actuación en defensa de derechos que son legítimos.

Pero fuimos muy ilusos, confesémoslo. Hoy ya vamos viendo claro. Ya sabemos que si se nos acompañó a una acción para derribar la intolerable violencia del estado burgués, en éste que nosotros padecemos, el más tiránico de todos, con serlo los otros mucho, fué única y exclusivamente para ensayar un medio de cortarnos las alas y para llegar al hecho socialista.

¿Cuándo, si no, hubiesen resultado Besteiro, Saborit, Anguiano y Largo Caballero hombres ilustres?

Y no paran ahí sus títulos. Son ya hombres ilustres, y además personajes aplaudidos y agasajados por *El Sol*, el más genuino representante de la burguesía que se ha enriquecido con la guerra, y el difamador de las organizaciones obreras revolucionarias y de los grupos anarquistas.

Hace bien *El Socialista* en echar las campanas al vuelo y llamar al acto de la exarcelación de sus cuatro afiliados, hoy ya diputados a Cortes, *hecho socialista o hecho nacional*, porque eso es, en efecto. De humano no tiene nada.

Y tengan en cuenta Besteiro, Saborit, Anguiano y Caballero, que para algo la burguesía les ha dado la patente de corso que representa un acto de diputado. Y sean buenos chicos, que si nosotros no lo impedimos harán carrera. Que hoy ya no se repite aquello que se hizo en no sé qué ciudad ni época, cuando un rey castellano mandaba a paseo a cierto sujeto—que se presentó ante él después de haberle vendido una plaza sitiada—diciéndole que no había menester el traidor una vez consumado el acto infame.

Puede repicar *El Socialista*. Los cuatro *ilustres* ya están en la calle, y con un acto de diputado por añadidura. No importa que para que no volviéramos a repetir lo de agosto quiera envolverse aquí en un proceso a la organización obrera y que estén en la cárcel treinta y tres hombres que ni siquiera han cometido el delito de comprometer a sus compañeros para elevarse por encima de ellos. Sobre esto último puede *El Socialista* callar como un muerto.

Pero nosotros, que no vamos a sacar diputados, que no aspiramos a vivir de la popularidad que nos den los demás a costa de su sangre, no tenemos por qué callar.

Los socialistas nos han traicionado y hemos de proclamarlo muy alto. Y hemos de confesar nuestra culpa porque nos dejamos engañar por gente en quien no debimos depositar confianza.

Aunque eso no les librará de que hagamos nuestros capítulos de acusación y expongamos a la conciencia de las clases productoras los siguientes hechos que, aparte del hecho que aplaude *El Sol*, también son hechos socialistas:

El partido socialista llamado obrero, dijo en las columnas de su periódico que la protesta que originó la carestía de las subsistencias era un movimiento germanófilo;

Aprovechó la represión general y la condena de cuatro individuos a él afiliados para hacer campaña electoral y conseguir seis actas de diputado;

No se ocupó seriamente de la amnistía; Cuando nosotros pedimos una acción enérgica que obligara al Gobierno a deshacer la injusticia que había cometido, no respondió al llamamiento;

Cuando nos difamaba parte de la prensa de Madrid y teníamos los periódicos suspendidos por la autoridad militar, *El Socialista* callaba, aún tratándose de hechos que conocía perfectamente.

Y por último, ante el proceso de que hablamos más arriba, *El Socialista* no ha tenido una palabra de protesta.

Cante, cante villancicos *El Socialista*,

que está en su papel. Pero tenga en cuenta que va a despertar al pueblo. Y no para sacrificarse por redimir sus culpas a los traidores que han sabido encumbrarse vendiéndole, sino para castigarlos con el desprecio y el aislamiento.

El partido socialista, descaradamente aliado con los partidos burgueses, no ha de seguir engañando a los proletarios. Declárese franca y no solapadamente enemigo de las reivindicaciones máximas de las clases productoras y será nuestro adversario, pero no nuestro Judo. Que es el papel que representa hoy. Y el único hecho socialista.

QUEMADES

¡RUBEZAH!

(Balada)

Ya reverdecen los campos; aquí hay una violeta...

—¡Qué gusto!—dice el pobre niño de un tejedor, escapándose a escondidas de su casa y encaminándose al bosque con un fardo de tela al hombro.— Este es el sitio; voy a probar. ¡Rubezahl!

Si me oye, le miraré sin turbarme y frente a frente. Colocaré este fardo de lienzo sobre esta roca. Es una pieza entera y muy buena. ¡Oh! yo respondo que no se teje mejor en todo el valle ¡Rubezahl!

¡Todavía no! He venido a este bosque para que nos saque de apuros. ¡Está mi madre tan desconsolada! ¡Ni un pedazo de pan en mi casa! Mi padre se fué al mercado echando ternos. ¿Hallará por fin compradores? Yo voy a probar fortuna con Rubezahl. ¿Dónde estará? Con esta vez van tres: ¡Rubezahl!

¡Socorria a tantos desgraciados en otros tiempos! Me lo contaba muchas veces mi abuela. Si, es bueno para los pobres que sufren los rigores de la miseria. He venido aquí muy contento con una pieza de tela bien medida. No quiero pedir, quiero vender. Pero ¿cuándo vendrá? ¡Rubezahl! ¡Rubezahl!

Si le gustara puede que pidiera otra; y ¡qué bien me vendría! ¡Hay tantas tan buenas como ésta en casa! Las compraría todas, hasta la última, y así podría sacar las que tenemos empeñadas. ¡Qué felicidad! ¡Rubezahl! ¡Rubezahl!

Y entonces entraba yo tan contento en el cuarto, gritando: «Padre, dinero!» y ya no volvería a jurar y a decirnos: «Para vosotros, lo que estoy tejiendo, no es más que una camisa de miseria.» Y mi madre volvería a sonreírse y nos prepararía una buena comida. Y mis hermanitos ¡qué saltos darían! ¡Oh! que venga ya. ¡Rubezahl! ¡Rubezahl!

Así llama el niño de trece años. Allí sigue, pálido y desfallecido, llamando sin cesar, pero en vano. Únicamente algún negro cuervo atraviesa de vez en cuando los dominios del año genio. El niño sigue esperando hora tras hora hasta que el valle se cubre de tinieblas. En voz baja y con labio tembloroso llama por última vez: ¡Rubezahl!

Y mudo y trémulo abandona la espesura y vuelve con su fardo de tela al desconsolado hogar. Descansa con frecuencia en alguna piedra, abrumado bajo el peso de tan excesiva carga. Pronto tendrá que tejer para él su padre, no la camisa de miseria, sino la mortaja. ¡Rubezahl!

DEFINIENDO EL IDEAL ANÁRQUICO

Hay quien se cree que el ideal anárquico es como un partido político, religión o secta. Hay quien se figura que los anarquistas tienen un programa preparado para implantarlo al derribarse el régimen actual. Hay quien supone que los anarquistas «comulgan» todos en un mismo credo y que están forzados a seguir la ruta trazada por los «maestros» del anarquismo. Hay quien afirma que los anarquistas forman parte de sociedades «secretas», en donde se sortean para realizar atentados «terroristas».

El ideal anárquico de todo tiene menos de partido o sociedad, distanciándose completamente del monárquico, republicano, socialista, etc. El anarquista no cree en ninguna clase de autoridad, ni moral ni material, bastándose a sí mismo para gobernarse, creándose su partido personal y haciendo su programa individual, según sus tendencias, su temperamento y su mentalidad.

La única uniformidad que existe entre los que se llaman anarquistas está en los principios generales, en la negación de todo gobierno, en las bases que debe descansar la libertad individual.

Los individuos que profesan los ideales anárquicos, coinciden simplemente en la manera de pensar, pero no están obligados a acatar o respetar a otra idea que la que uno mismo cree buena y lógica.

Tampoco los anarquistas tienen una táctica uniforme ni amoldan la propaganda a un lenguaje dogmático, como lo hacen los partidos y las religiones.

Así vemos a anarquistas que se llaman comunistas, otros individualistas, otros evolucionistas, otros revolucionarios, etc. Pero todos los sistemas económicos y todas las tácticas de lucha y de propaganda no tienen nada que ver con la esencia del ideal anárquico. La idea de *sin gobierno* es la libertad moral, y los métodos, tácticas o tendencias, es la libertad material; es la necesidad individual y colectiva al desenvolverse en la vida social.

Hay individuos que no profesan las ideas anárquicas y son comunistas (los religiosos). Hay otros que no creen en el *sin gobierno* y son individualistas (los burgueses). Hay otros que aceptan la autoridad y son evolucionistas (los socialistas

parlamentarios). Hay otros que creen en gerarquías y son revolucionarios (los republicanos de barricada).

Estas comparaciones nos prueban que el ideal anárquico es completamente independiente de toda táctica o forma social, siendo puramente una concepción filosófica que se separa de toda idea material.

Nada hay, pues, que fuerce a los anarquistas a obrar en común, cuando cada uno tiene formado su propio criterio y tiene trazado su plan de acción, agrupándose y dividiéndose según sus necesidades y modo de ser, siendo precisamente el ideal anárquico una garantía de la independencia individual, para que cada uno obre según sus tendencias, sus inclinaciones y sus deseos.

El único principio que une a los anarquistas es la libertad absoluta del hombre, conviniendo todos en que esta soberanía personal es la base de toda armonía y de todo orden social. Pero no se vayan a creer los profanos de la anarquía, pretendemos apoyar el abuso y el privilegio, la autoridad de unos pocos sobre los muchos. Para llegar a esta aberración no se necesita cambiar el presente régimen social, puesto que actualmente impera la libertad absoluta de las pasiones, de las ambiciones, del egoísmo, que es precisamente lo que los anarquistas queremos eliminar.

Por libertad absoluta del hombre, en-

tendemos los anarquistas una sociedad equilibrada, compuesta de seres conscientes, que conciben la vida sin la intervención de pasiones, de egoísmos y ambiciones, lo cual es producto de la mentalidad grosera que la falsa educación actual infiltra a los hombres.

La educación anárquica limpia a los individuos de todo deseo de riquezas, de imposición y de dominio, enseñándoles una vida sencilla y rica de goces, adaptando sus costumbres con las leyes naturales, que son las únicas estables y justas de la tierra.

La libertad verdadera estriba en la posibilidad. Por ejemplo: el individuo consciente no deseará un objeto que en aquel momento esté usando otro individuo, o no se propondrá realizar un acto que pueda perjudicar la libertad ajena. Y teniendo una concepción clara de la vida social por su modo de ser y de obrar, no se le ocurrirán ideas que estén en desacuerdo consigo mismo, no dando lugar a que cometa actos que pudieran perjudicar al resto de la comunidad.

La libertad anárquica significa el goce de todo aquello que es posible gozar dentro de las posibilidades materiales. Es la vida verdadera del hombre libre, sin trabas, ni leyes escritas, ni morales impuestas.

JUAN CORTADA

Al margen de la revolución rusa

Tenemos encima de la mesa en que escribimos estas cuartillas, una serie inabarcable de notas, de telegramas, de recortes que hablan de la revolución rusa. Es tan contradictorio, tan nebuloso, tan poco claro, cuanto se ha escrito sobre este asombroso acontecimiento, que dudamos antes de exponer ninguna opinión, antes de sentar ningún juicio definitivo. En realidad, apenas si conocemos el desarrollo del movimiento que en Rusia se ha verificado. Toda la prensa de Europa y también de América, ha desfigurado los hechos. ¡Se ha mentido tanto, se ha dicho tan pocas veces la verdad, que ya en varias ocasiones hemos abandonado la tarea—conturbados, indelicados—de escribir algo que oriente, en lo posible, a los que nos leen, de lo ocurrido en el eximpero moscovita.

Hemos sentido infinitas veces la necesidad de hablar de este asunto, de estudiar su desenvolvimiento y exponer clara y sintéticamente nuestra opinión. Pero siempre tropezábamos, y aún tropezamos con un informe montón de inconvenientes. No se conoce la realidad, lo cierto, lo fundamental de aquella revolución. Las plumas de la mayoría de los periodistas que de ella se han ocupado, es casi seguro que se han prestado sumisas, sin voluntad, a marcharse con la baja presión de la mentira. La prensa, como en todas las ocasiones en que se ventila una cuestión trascendental, ha cerrado los ojos a la verdad, y sus columnas se han llenado de errores conscientemente propagados, de falsas informaciones que han desviado, cuando no cerrado los caminos que hubieran conducido a la serena observación de los hechos. Los corresponsales de los grandes diarios que desde Rusia han remitido sus correspondencias, todos al servicio de empresas capitalistas, han derramado sobre los revolucionarios todas las injurias, todas las fealdades, todas las malas pasiones y ruindades de que ellos adolecen; han querido presentarlos, adornados con todas las imperfecciones que en ellos son peculiares. Difícilmente, al través de esta prosa parcial y partidista puede encontrarse un rasgo siquiera de independencia de juicio que presente el desarrollo de la revolución en la misma forma en que se haya desarrollado. Muy raras veces, en algún periódico que no merece crédito, por paradoja se ha hablado con serenidad de la revolución rusa. Pero sólo se ha estudiado algún aspecto superficial, sin ahondar nunca en los motivos, en las causas que originaron el conflicto.

Infinitas veces hemos leído ya todo el montón de notas guardadas. Y ante tanta contradicción, en vista de que la misma información de una determinada causa cambia según el periódico en que se publica, hemos terminado por dejar sin hacer el trabajo que nos proponíamos, aun reconociendo que era necesario hacerlo.

¿Cómo escribir unas cuartillas si se desconoce el motivo por el cual van a ser escritas? Se nos presentaba para estudiarlo un gran problema, pero carecíamos de los medios adecuados para exponer el juicio que nos mereciera. Nunca como ahora la prensa se ha ensañado con la verdad. Y si algo de cierto hay en todo lo que se ha publicado, ¿cómo lo distinguiremos entre el montón de errores y de mentiras?

Aun no se sabe ciertamente qué forma de Gobierno se ha constituido en Rusia. ¿Es un Estado socialista? ¿Es una República federal? ¿Continúa por el contrario la revolución? No sabemos. Si se lee detenidamente la prensa, se observa con desaliento que no se puede afirmar nada, que todavía no es posible conocer la realidad de lo que ha ocurrido, de lo que ocurre, de lo que da las variedades del movimiento es probable que ocurra.

Conocemos la personalidad de Troski, de Lenine, por algún dato lejano de antes de la revolución. Sabemos que ellos han sido los impulsores de la segunda fase del movimiento.

¿Pero cómo han obrado? ¿Qué finalidad perseguían? ¿En qué sentido han encaminado, o tratado de encaminar la revolución que el pueblo ruso ha hecho?

Nada podemos decir en concreto, nada que sepamos sea verdad podemos contestar a estas preguntas.

Y he aquí ya la imposibilidad de sentar un juicio definitivo como deseamos; he aquí ante el desconocimiento de los he-

chos, el no poder decir nuestra opinión sobre ellos como quisiéramos.

Se ha visto la revolución rusa por todos los que escriben, al través de un estrecho, pobre concepto; se ha estudiado su desenvolvimiento, desde un punto de vista, ajeno a nobles ideas; han sido francófilos y germanófilos quienes han hablado de ella. Ved por qué no es posible saber como empezó, de qué manera se extendió, por qué sendas sigue su ruta. El desmoronamiento acaecido cuando estalló la guerra, que también alcanzó a los hombres, ha cerrado todos los caminos a la sinceridad. Por esta causa, antes que decir la verdad de un hecho, se sobrepone a aquella verdad el interés o perjuicio que pueda ocasionar a la nación o naciones por las cuales se siente simpatía. Y se sacrifica la verdad en holocausto al interés. Los hombres no podían llegar a menos. La pasión partidista, aun suponiendo que fuese razonable, en el momento que desfigura los acontecimientos, creyendo así beneficiar a lo que defiende, es ilógica, es absurda. Porque la verdad debe estar siempre por encima de todo interés.

La prensa, los periodistas, no lo han entendido así. Antes que decir la verdad de lo que en Rusia pasaba y pasa, han meditado en la conveniencia que pudiera ocasionar la mentira, bien sea por parte de unos, a los imperios centrales, ya sea por otros, a los aliados.

Juguetes todos de pasiones secundarias, no muy elevadas, han sembrado por todas partes, unos y otros el error y la mentira; se ha impuesto por encima de los hechos que presenciamos, el bajo interés que defendían.

Por estas causas nos es aún desconocido, casi en absoluto, el desenvolvimiento de ese movimiento único quizá en la historia del mundo.

Antes de la revolución, por los datos que de ellos conocemos, por algunos escritos que han llegado a nuestras manos, Lenine y Troski pertenecían al partido socialista revolucionario. No compartían las opiniones del socialismo reformista y estaban bastante distanciados de los que, llamándose socialistas, eran al mismo tiempo parlamentarios.

Ante todo, seguían combatiendo la guerra y esto les valió más de una vez persecuciones y destierros.

En la Europa actual al individuo que combate la guerra se le encarcela no sin antes llamarle vendido al enemigo. No se admite que ningún hombre continúe sosteniendo ahora como antes sus ideas de paz. Se cambia tanto de ideas entre las gentes que mandan, que dudan de la firmeza en un ideal sostenida por los demás. Los que escriben, servidores o criados que son de los que mandan, les hacen coro. Y el hombre íntegro, fuerte, equánime, cruza por todas partes como un extraño. Porque por todas partes impera la doblez, la bajeza, la abulia.

No sabemos si Lenine y Troski se habrán mantenido íntegros al través de tanta turbulencia. Pero la actitud del coro compuesto por los que mandan y sus criados hacen suponer que sí. Han arrojado sobre ellos todos los dicterios; les han llamado vendidos, no ha quedado ningún adjetivo duro que no se les adjudique.

Dado el valor moral de las gentes que les han combatido, casi puede asegurarse que ellos se han mantenido a una gran altura moral.

Cuando observamos que un hombre dispuesto a venderse al mejor postor llama a otro vendido, no le escuchamos.

¿Quién que tenga limpias sus manos combatió a los impulsores de la revolución rusa?

No obstante, conste que no afirmamos nada.

Hecha esta pequeña digresión y ya que no nos es dable decir como obran actualmente los dos revolucionarios, daremos a conocer a nuestros lectores algo por ellos escrito con anterioridad a los hechos actuales. Nos parece lo más acertado para formarse un juicio acerca de cómo pensaban Troski y Lenine.

Troski era redactor en París de un periódico titulado *Nuestra Palabra*. El periódico era socialista y laboraba por una paz próxima, por el término de la guerra que estaba y aun continúa manchiendo de sangre los campos de Europa.